

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 12 enero 2011

Texto de referencia: L. Giussani, ¿Se puede vivir así?, Ediciones Encuentro, Madrid 2008, pp. 297-301.

*“Ballata dell’amore vero”
“The Fields of Athenry”*

Gloria

Con este capítulo llegamos al final del recorrido que empezó con la fe y que tiene su expresión última en la virginidad. A lo largo del trabajo hemos visto que no se puede entender un paso sin haber comprendido el anterior, porque sólo desde ese origen que está antes podemos entender el desarrollo de la experiencia. Si esto es verdad en cada capítulo, en éste último es decisivo, porque si no hemos hecho experiencia de todo lo anterior esto nos suena a chino. En la página 50 del libro *Si può (veramente?!) vivere così?*, don Giussani dice una frase que resulta determinante, es la gran regla: «Sólo se comprende aquello que se ha empezado a experimentar». Es imposible separar a don Giussani de esto, porque él está plenamente convencido de que la realidad se vuelve transparente en la experiencia, no en una explicación. Por eso sigue: «Sin embargo, si no lo escuchamos decir, ni siquiera nos entran ganas de empezar a experimentar, ni tampoco de pedir a Dios que nos haga empezar a experimentar [la finalidad de nuestro hablar es poder experimentar, que nazca en nosotros el deseo de experimentar; no se trata de sustituir nuestra experiencia, sino de alentarla]. Pero se comprende lo que, al menos de forma inicial, hemos empezado a experimentar». El punto de partida es la experiencia, que se puede resumir en esta pregunta: ¿Cuándo hemos hecho cada uno de nosotros experiencia de la virginidad? Tenemos que mirar nuestra experiencia para poder entenderlo, porque si no lo hacemos, nos basamos en las imágenes que creamos en nuestra cabeza sobre lo que es para nosotros la virginidad, partimos de nuestros prejuicios. Y esto, en vez de ser una ayuda, se convierte en una dificultad a la hora de entender. Por eso don Giussani, en la página 300, pone el ejemplo de la Magdalena: «¿Poseyó más a la mujer de la calle, a la Magdalena, Cristo, que la miró un instante mientras pasaba delante de ella, o todos los hombres que la habían poseído?». ¿Cuándo hemos hecho experiencia de esta posesión? Y después dice: «Cuando uno se acercaba a veinte metros de Él, se veía traspasado por esa presencia y volvía a su casa llevando dentro aquella figura que tardaba días en desaparecer». Uno hace experiencia de una Presencia que se impone de tal modo que tarda días en desaparecer, que le cuesta hacer que desaparezca. Si le preguntásemos a la Magdalena cuándo había hecho experiencia de la virginidad, ella tendría que contar aquel episodio, si no, no lo entenderíamos. Entonces, os pregunto a cada uno de vosotros y me pregunto a mí mismo: ¿Cuándo hemos tenido una experiencia de este tipo? ¿Cuándo hemos experimentado la imponente presencia de una presencia que nos ha costado olvidar, de una presencia que ha determinado la experiencia de ser poseídos por algo que nos ha hecho experimentar algo único, diferente?

He pasado todo este mes con una cierta inquietud por la aparente incapacidad de afrontar estos dos capítulos. Ya dije la vez pasada que habría preferido saltármelos, pero evidentemente, he hecho cuentas, y en este mes no ha sido fácil afrontarlos, es más, no lo conseguía.

¿Veis? El punto de partida es erróneo. Le he pedido que saliese para que pudiésemos entender el error de planteamiento. Todos nos hemos dicho alguna vez: «No soy capaz de vivir así...». Lo sabemos, ¿es algo nuevo? ¿Os sorprende? No es que nos cueste: ¡Es que es imposible! Así despejamos en seguida el campo...

¡Gracias!

Me sorprende que nosotros, en vez de partir de la experiencia, que es donde podemos aprender qué es el cristianismo, partamos de donde no está, y después digamos que no somos capaces. Es obvio. Si partimos en el cristianismo de algo que no existe, es imposible que lo podamos generar nosotros, porque se convierte en otra cosa, lo hemos reducido, hemos cambiado su naturaleza. Porque el cristianismo es lo que hemos dicho de Juan, de Andrés, de Zaqueo: algo que se impone antes que cualquier consideración. Pero nosotros cambiamos el punto de partida muchas veces: «No somos capaces». ¿Veis cómo nos cuesta, después del recorrido de estos dos años, cambiar el chip? No es un reproche sino una ayuda para entender estas cosas, porque en caso contrario nos seguimos equivocando y entonces decimos que el cristianismo es difícil. Porque esto no es el cristianismo, es otra cosa.

Este mes he vivido un poco mal, hasta estos últimos dos días en los que era inminente la Escuela de comunidad. He descubierto en mí sobre todo un sentimiento de agradecimiento por este trabajo que no me abandona. Me he acordado de que en la última Escuela de comunidad estaba sentado al fondo, y cuando leíste la carta de la chica del CLU me levanté y me fui, porque no conseguía estar quieto, me sucedió algo explosivo, no podía contener mi alegría. Entonces me dije: «Esto es lo que quiero para mí, lo que más deseo». Y esa tarde habría sido capaz de hacer cualquier cosa, cualquier cosa que me hubiesen pedido.

Ésta es la experiencia de la virginidad. Pero en todo este tiempo se ha visto superada por el hecho de que no eras capaz de hacerlo. ¿Qué es lo que se impuso la otra vez leyendo la carta? La experiencia de la imponencia de una Presencia, que le ha dado tal sobreabundancia que no podía contenerse de la alegría. ¡Esto! Hasta el punto de que un mes después se acuerda de ello. No lo puede generar él, pero lo puede experimentar como el don de una Presencia que se impone tan potentemente que le hace experimentar una sobreabundancia que le haría ser capaz de hacer cualquier cosa. Porque uno que ha sido traspasado de esta forma, ¿cómo trata a la otra persona, cómo se relaciona con ella? Aquí, para ayudarnos a entender este capítulo, tenemos que volver al de la pobreza, porque en él don Giussani explica, de forma mucho más amplia, qué es lo que hace que sea posible. ¿Qué es la pobreza? La distancia con respecto a una cierta posesión de las cosas. ¿Qué es la virginidad? La distancia con respecto a una cierta forma de posesión de las personas. ¿Está claro? Y dice (en la página 190): «La pobreza se nos revela como libertad frente a las cosas porque es Dios quien cumple nuestros deseos y no algo *determinado* en lo que te fijas». Tú puedes ser libre porque es Dios quien cumple. Al tener esta experiencia de sobreabundancia, puedes ser libre. Y esta libertad lleva consigo la semilla de la *leticia*. La virginidad es la pobreza en su nivel extremo, por lo que puedes tratar las cosas con esta libertad porque no te falta nada. Si esto es decisivo para tratar las cosas con esta libertad, ¡imaginaos qué experiencia hace falta tener para tratar a las personas con la misma libertad, con la misma gratuidad, para poder mirarlas por su destino y no por lo que vas a obtener a cambio! Esto no es posible sin Él, porque quien ha introducido en el mundo esta libertad con relación a las cosas se llama Jesucristo, y quien ha introducido esta libertad en la relación con las personas se llama Jesucristo. Por eso es imposible hablar de esto sin hacer referencia a toda la experiencia que don Giussani describe en los capítulos sobre la fe, sobre la esperanza y sobre la caridad. ¿Qué significa libertad en las relaciones? Que la relación se apoya en algo que

permanece, es decir, sobre lo divino que permanece: la pobreza es afirmar a Otro como significado de uno mismo (es lo mismo que dice sobre la caridad: nosotros sólo podemos tener caridad hacia el otro por la experiencia de la sobreabundancia, de la pasión del Misterio por nuestra nada, porque «te he amado y he tenido piedad de tu nada»). Sólo podremos amar si estamos dominados por esta conmoción, si rebosa en nosotros lo que hemos recibido. Por eso dice que la virginidad necesita de alguien que reconozca el destino presente, que reconozca a Jesús, presente en la historia. El último capítulo es la verificación de que hemos hecho este recorrido como un camino de experiencia – a lo mejor alguno me podría contar ahora toda la lógica del texto, pero si no se ha hecho carne, sólo puede soñar con esta experiencia, porque no es la consecuencia de una lógica, aunque siga una lógica, sino de una experiencia que sólo Él hace posible –. Gracias a esta experiencia imponente yo puedo relacionarme con las cosas con esta Presencia en los ojos, dominado por esta conmoción. Sólo la irrupción de esta Presencia me permite tener una relación verdadera con las cosas y con las personas. Es Él quien lo hace presente, sin esto volvemos a la cantinela de siempre: «No soy capaz, es imposible». Es imposible para quien no vive la experiencia cristiana. En cambio, sí es posible como don, como gracia. ¿Con qué condición? Con la de vivir el cristianismo como experiencia, no como discurso o como ética, como pensamiento o como sentimiento. Pero, ¿cuál es la clave? Que hace falta una lealtad grande con nuestro “yo”, con nuestro corazón, pues de otro modo es imposible.

Me he dado cuenta de que la experiencia de la virginidad es la experiencia que me hace totalmente dependiente de mi corazón; es la experiencia que me permite descubrir quién soy yo, hasta el punto de hacer que dependa de ello. «Hace falta un sacrificio: el sacrificio de lo inmediato. Lo inmediato no es verdadero; tanto es así que muere, que hace morir [...]. Lo inmediato ata, encadena». Es verdad, es así: ante todo, lo inmediato te atrae muchísimo, lo inmediato es algo que parece que te promete el oro y el moro, en ese momento parece la cosa más fascinante. Pero lo inmediato hace morir porque yo, cuando vivo de lo inmediato, me siento como un animal enjaulado, es decir, me siento encadenada, no soy yo, me falta el aire. Y me doy cuenta de para qué estoy hecha porque mi corazón ha experimentado aquello que no lo encadena, lo ha experimentado, lo ha vivido, y por lo tanto, cuando haces experiencia de lo que permite que tu corazón respire...

El problema de la virginidad no es un problema de moralismo, es esta lealtad con el corazón.

Yo necesito vivir aquello que me permite vivir; y la experiencia de la virginidad me saca de este dualismo, es decir, me hace coincidir conmigo misma. Cuando hago experiencia de esto, soy yo misma. En la vocación no he perdido el corazón, porque existe una Presencia que está y que me hace descubrirlo.

La virginidad es la victoria sobre el dualismo porque nos hace coincidir con nosotros mismos, y por eso no es un problema que concierna sólo a un cierto tipo de vocación. ¿Quién no desea ser él mismo? ¿Quién no desea coincidir consigo mismo? ¿Quién no desea no perder el corazón? Por eso resulta siempre un desafío para aquellos a los que les importa su deseo de felicidad, poder tener delante una experiencia de vida donde el corazón no se ha perdido. Si esto concerniese sólo a un cierto tipo de personas, no estaríamos interesados. Pero la cuestión es que la experiencia de la que estamos hablando es la experiencia que permite que el “yo” sea de verdad “yo”, lo hace coincidir consigo mismo. Ésta es la promesa. Y en este sentido, este capítulo es la confirmación de la fe es verdadera, de que lo que reconoce la fe no es una creación del hombre, no es una creación de mi razón. No estamos aquí para inflar lo que no está, no estamos aquí

para inventarnos lo que no hay, para generar nosotros la fe, el hecho. ¡No! Porque si fuese así, no podríamos hablar de virginidad al final del recorrido, y mucho menos hacer experiencia de ella. La virginidad es la confirmación última de la verdad del hecho de la fe, de la verdad de esa Presencia en la historia. Por eso Giussani pone la virginidad al final del recorrido, y por eso la virginidad es la demostración más patente de la verdad del cristianismo, de la verdad de esa Presencia reconocida por la fe, porque sin esa experiencia, esa Presencia reconocida por la fe no existiría como experiencia. No habríamos podido hablar de ella, hasta tal punto que no se habló de ella hasta que llegó Cristo. Históricamente hablando, es un dato de hecho. Por eso en este capítulo encontramos la confirmación de la verdad de la fe, de esa Presencia que la fe reconoce como tal, que no puede ser inventada porque una invención no permite hacer una experiencia como la de la virginidad.

Una cosa que me ha pasado me ha permitido darme cuenta de lo que nos has dicho en el artículo de Navidad, y es que soy yo quien tiene necesidad del anuncio del cristianismo y de anunciarlo, soy yo la que necesito ver cómo este prodigio entra y responde en la vida, y necesito ver cómo también los demás toman una posición delante de este hecho. A raíz de la caritativa conocimos a una mujer peruana, que empezó a participar de nuestra caritativa y desde hace dos meses viene a la Escuela de comunidad. Es sorprendente ver cómo ella, pegada a la pantalla, repite continuamente: «Es verdad, es verdad». La última vez, cuando salíamos, nos dijo: «Yo también quiero este libro que tenéis vosotros, yo también quiero poder volver a leer estas cosas». Al día siguiente fui a despedirme de ella porque se iba a Perú, y me conmovió que ella tenía todavía presente lo que había escuchado la tarde anterior.

Tenía presente lo que había escuchado la tarde anterior.

Había hablado con sus amigas y había invitado a una mujer que se encontró en la peluquería a estos encuentros (no sabía ni siquiera que se llamaban Escuela de comunidad). Y lo más sorprendente es que después, en un momento dado, me dijo: «Pero dime, ¿qué es la Fraternidad? ¿Qué es el fondo común?», y yo, para explicárselo, tuve que empezar desde el principio. Salí aquella noche que me temblaban las piernas, porque me conmovió cómo me salían las palabras, cómo suscitaban la vida y cómo yo (delante de esto que dijiste al final sobre la Fraternidad y sobre el fondo común) ni siquiera las había escuchado, porque las daba por sabidas, y ha sido necesario que ella me preguntara para que yo lo entendiese. El domingo fui a verla porque volvía de Perú y fue una sorpresa aún mayor. Cuando ella se marchó, se llevó el manifiesto de Navidad, nuestras fotos, contó a todos lo que ha encontrado aquí, lo que hacemos. Yo le había llevado los apuntes de la Escuela de comunidad, y ella los tradujo a la gente con la que estuvo. Después me dijo: «Mira, tengo un donativo, quiero inscribirme en la Fraternidad».

¿Qué experiencia hay detrás de todo esto? La imponente de una Presencia que hace posible que puedas relacionarte así, de tal manera que no puedes no contárselo a todo el mundo. Pero lo que me conmueve de lo que has contado es que tú percibes el alcance del testimonio de tu amiga peruana por la necesidad que tienes de este testimonio. Por ejemplo, una persona me decía: «¿Y qué me importa a mí El Cairo? ¿Qué tiene que ver con mi vida?». Y digo: ¿Cómo es posible que tengamos esta dificultad para percibir lo que sucede, la diversidad, la excepcionalidad de lo que sucede? Porque lo que ha pasado en El Cairo es algo tan excepcional, está tan lejos de nuestras previsiones, de nuestros proyectos, que uno puede decir: «¿Qué tiene que ver conmigo?» solamente si no entiende, porque la realidad se reduce a la apariencia. Y a través de esta mujer peruana, a través de lo que ha sucedido en El Cairo, ¿qué es lo que se hace presente? La

contemporaneidad de Cristo, que hace posible que la vida sea diferente. Pero si decimos: «Ya lo sabemos», nos lo perdemos todo. Fijaos en cambio qué diferencia con la mujer peruana. Si no nos sucede esto a nosotros, que hemos hecho un camino en la vida del movimiento, quiere decir que lo que sabemos es como una jaula que nos impide entender. Por eso necesitamos una educación en el sentido religioso – y por eso empezamos la nueva Escuela de comunidad –, pues, de otro modo, no tenemos la sencillez de esta mujer que capta en seguida el significado. ¿Lo veis? Ni siquiera sabía lo que era la Escuela de comunidad pero no ha podido evitar que haya sido más determinante para la vida que cualquier otra cosa, tanto como para llevársela a Perú y contárselo a todos, traducirla... todo.

Una compañera del doctorado, con la que estoy preparando un artículo que contiene entrevistas a los chicos de Cometa cambiados después de ir al colegio, tenía en la memoria lo que había sucedido en esa experiencia. Este hecho me ha provocado mucho, porque yo tenía algunos problemas cuando tú hablabas del hecho y de la interpretación. Esto que sucedió con ella, esta amistad que está naciendo, me ha hecho entender un poco mejor y querría que tú me corrigieses. El hecho. He pensado que estar delante del hecho significa estar con toda la estatura humana, y por lo tanto con todas nuestras exigencias. Esto significa estar de forma virginal: es una metamorfosis, como si uno, en un momento dado, mirase el mundo y lo viese de pronto en tres dimensiones en vez de en dos. Hablando con ella brotaban todas estas consideraciones, era un cambio de mentalidad. La interpretación no es negativa en sí, pero es un factor secundario. Una parte de su propia historia, de su propia cultura, de su forma de ser, no es que no haya una interpretación al estar delante de los hechos. El punto es que es mucho más significativo, más consistente este otro aspecto de la transformación, de cómo ves las mismas cosas. Seguramente ella no se ha detenido en la apariencia, porque tiene en el corazón esto, pero es como si en el fondo no consiguiese darle un nombre.

¿Y por qué sucede de esta forma? ¿Por qué, delante de un hecho, algunas personas perciben una cosa y otras se quedan en la apariencia?

Yo creo, en este caso específico, que es una cuestión de libertad, porque es como si ella quisiese quedarse en los frutos y no quisiera ver el origen.

Los mismos hechos siempre tienen una interpretación. Si veo a dos personas en el metro – he puesto este ejemplo a menudo – que se dan un regalo que he visto en un “Todo a cien”, puedo decir: «El amor entre estas personas sólo vale un euro», o: «Estas personas, a través de este gesto, se dicen cuánto se quieren». El hecho es el mismo. Delante de los milagros de Jesús uno decía: «Lo ha hecho con el poder de Dios», y el otro: «Lo ha hecho con el poder del diablo». El hecho, precisamente porque es un signo, requiere el uso de la libertad, y por eso la libertad se expresa – dice don Giussani – en la interpretación del hecho. La cuestión es cuál de las dos interpretaciones da más razones de todos los factores del hecho, de todos los elementos del hecho. Si tú le das a la persona amada un regalo que vale un euro, esto no quiere decir que te quedas en el valor monetario del regalo: «Te quiero, a través de un euro y a través de un millón de euros». No es cuestión de precio, es un signo a través del cual te digo cuánto te quiero. Por eso es falso pararse ante el valor monetario, porque se da una interpretación reducida del hecho. No porque no haga falta una interpretación, no, pero la interpretación que estás dando reduce la experiencia que estoy haciendo yo, por eso no me siento comprendido. La cuestión es, ¿qué es lo que te permite no reducir el hecho a una interpretación a veces tan mezquina? Tener una sencillez que permita entender el alcance de lo que está sucediendo. Por eso es necesario contraponer el hecho a una interpretación del hecho

que no sea capaz de dar razones adecuadas de todos los factores del hecho. Tienes que desafiar a tu amiga en este punto: una interpretación como la que da ella, ¿es capaz de dar razones de todos los factores? Y aquí empieza el diálogo. Por eso no es una censura, sino el inicio de una aventura, de un diálogo: «¿Y esto? ¿Esto cómo lo explicas? ¿Cómo lo explicas?». Eso da pie a que el otro empiece a percibir todos los factores que lo separan de una posible interpretación más adecuada del hecho. Una interpretación más grande generada por la propia experiencia puede ayudar a la otra persona a hacer este recorrido; depende de ti.

De todas formas, me siento preferida, porque me ha elegido. La otra cosa que quería decir es sobre la cuestión del ciento por uno. Cuando una persona sufre mucho porque se siente censurada respecto a esto que decíamos... Por ejemplo, yo di el manifiesto sobre la crisis a mi familia de origen, y se desató una enorme discusión. Me preguntaba si incluso cuando suceden estas cosas (yo he sufrido muchísimo y sufro mucho por esta situación) se puede decir que es el ciento por uno, porque quiere decir afirmar el deseo de que una relación sea verdadera, sea transparencia de lo eterno.

Claro que sí. La única cosa es que entiendas que este testimonio, a veces, puede no ser entendido por el otro. Don Guissani habla aquí del ciento por uno de forma distinta – esto es algo que no quiero dejar pasar –. Nosotros imaginamos el ciento por uno en la cuestión de la virginidad «como una expansión de la instintividad». Cien veces lo que tenemos en la cabeza, no cien veces lo que es verdadero. Éste es un error común, porque muchas veces decimos: «Esto no me corresponde, no corresponde con la promesa que ha hecho del ciento por uno», porque no corresponde con mi imagen, en la que he reducido el ciento por uno a una expansión de la instintividad. Pero esto significa estar atrapados en esta situación, y esto no corresponderá nunca con la exigencia del corazón; tú puedes inflar una cosa todo lo que quieras, pero no por eso corresponde. El ciento por uno es otra cosa, es algo diferente, supone la entrada de algo nuevo en la experiencia humana; no es una expansión de lo que intentamos experimentar, es algo más, que corresponde mucho más que cualquier imagen que nos podamos hacer.

El jueves pasado se murió de pronto el padre de mi marido, pero mi intervención no va a tratar sobre una carencia, sino sobre una plenitud, porque leyendo el capítulo de la virginidad me he dado cuenta de que la imposición de esta distancia me ha obligado a mirar a esta persona como querría mirar a todas las demás: mirando su destino. De este modo, incluso con el dolor, me conmoví por la ternura que el Misterio ha tenido por nosotros en estos días, porque nos ha permitido hacer experiencia de una paternidad más grande incluso que la de este hombre. De este modo, el dolor no nos ha aniquilado, sino que nos ha puesto delante de la necesidad de la conversión, por lo que hemos tenido que preguntarnos sobre la razonabilidad de la fe, porque el hecho de que nosotros podamos decir que con la muerte no se acaba todo sino que él está en los brazos del Señor, o es una idea o es por la Presencia que hemos experimentado desde que hemos encontrado el movimiento. De esta forma, delante de una cosa ante la cual el mundo sólo puede decirte: «Lo siento, no tengo palabras», el rosario, el funeral y los amigos han sido el signo de un Hombre que ha entrado en nuestra vida y que puede decir: «¡Mujer, no llores!». Y así, la pregunta sobre el destino de mi suegro me ha hecho darme cuenta de que esta paternidad domina cada día, más que el estado de ánimo que estaría muy bajo debido a las circunstancias. Suceda lo que suceda, yo soy abrazada. Y para mí esto es experimentar el ciento por uno, porque veo que de este modo ya no pierdo nada ni a nadie.

Es así. Pero para poder hacer experiencia de esto, otra vez, hace falta no una idea, sino una Presencia, porque sin esta Presencia delante es imposible. A propósito de esto, leo

una de las preguntas que me habéis mandado, porque esta distancia muchas veces nos asusta. «Tengo tres hijos que están entrando en la edad adulta, de veinte, dieciocho y diecisiete años. Mi mayor deseo es que puedan descubrir y abrazar el designio que nuestro Señor tiene sobre ellos para que hagan experiencia de la verdadera felicidad, y deseo acompañarles en esto. En el capítulo de la virginidad don Giussani nos reclama a la distancia como condición para querer de forma auténtica, de modo que no prevalezca en nosotros el intento de posesión de la persona amada. Yo quiero mucho a mis hijos, pero me doy cuenta de que tengo miedo de su libertad, de que por ella puedan decir que no a la voluntad de Dios. Mi pregunta es cómo puedo quererles de verdad, cómo puedo amarles y no temer su libertad. ¿Qué quiere decir aquí vivir esa distancia que hace que la relación entre nosotros sea más verdadera?». Tenemos que mirar estas preguntas a la cara. ¿Quién nos ha hecho libres? ¿Alguien que no nos quiere o alguien que nos quiere? ¿Ha tenido miedo el Misterio de hacernos libres? Tenemos que identificarnos con el verdadero Padre, que no ha tenido miedo de lanzarnos a la realidad con un único criterio, el corazón, consciente de lo que hacía. Con este criterio nos ha dado la capacidad de descubrir la verdad de cualquier cosa y, sobre todo, de descubrirle a Él, en el momento en el que lo podemos encontrar. No ha tenido miedo de nuestra libertad. Por eso, si nosotros tenemos miedo de nuestra libertad o sucumbimos a este intento de posesión, es porque no nos identificamos con Aquél que nos ha generado, sino que queremos responder a nuestro intento en vez de abrazar el designio que el Misterio tiene sobre nuestros hijos. Nosotros creemos que sabemos cuál es el designio y cómo deben afrontarlo. Sin embargo, somos nosotros los que tenemos que pegarnos a la modalidad con la que el Misterio les lleva hacia su destino, y que no sabemos cuál será. Y entiendo que esto provoque miedo como padre. ¿Qué es lo que ha podido llevar al Misterio a hacernos así y a correr este riesgo? Sólo identificándonos con su paternidad podemos aprender nosotros qué es la paternidad, de otro modo, creamos más problemas de los que resolvemos. ¿Esto quiere decir que no podemos hacer nada? No, podemos hacer mucho, como ha hecho Él. Para resolver el problema no nos ha quitado la libertad, no se ha impuesto, se ha hecho hombre (lo acabamos de celebrar en Navidad): se ha convertido en una Presencia para que cada uno pueda, mirando, reconocer aquello para lo que está hecho y pueda descubrir el camino que cumple la libertad. ¿Qué podemos hacer nosotros parecido a lo que ha hecho Él? Podemos convertirnos en una presencia, convertirnos en testigos, cosa que no elimina la libertad, sino que ayuda, porque pone delante del otro una presencia que ilumina su camino: «Mira, mira cómo se cumple la vida ». Sólo así podemos convertirnos en padre y madre, es decir testigos, como dice san Pablo: «No dueños de vuestra fe, sino colaboradores de vuestra alegría». Esto es ser padre: nos convertimos en una presencia que atrae porque corresponde. Ponemos delante de los hijos una belleza hecha carne (no un discurso), una vida vivida de una forma tan sobreabundante que el hijo tiene delante de sí la hipótesis realizada de la propuesta que vosotros sois para ellos. Entiendo que sea más inmediata la posesión que convertirnos en testigos, pero la posesión no es compatible con este atractivo del testimonio de algo que vuelve la vida más clara; cada uno debe decidir. No nos confundamos, querer a un hijo es esto: nadie tiene un amor tan grande como el amor de quien da la vida. Y, ¿qué es dar la vida? Poner delante una presencia como ésta. Con esto terminamos nuestro recorrido.

La próxima vez que nos veamos tendremos la presentación de la nueva Escuela de comunidad que es *El sentido religioso*. Será el miércoles 26 de enero a las 21:30. Será una ocasión para un encuentro público de CL al que podéis invitar a quien queráis. En este gesto participará también el CLU y los Bachilleres.

En el encuentro que tendrá lugar en el Palasharp de Milán participarán las personas de mi Escuela de comunidad reunidas en esta sala, el CLU y los Bachilleres de Milán, y tendréis que dirigiros a la secretaría para conseguir la entrada.

En la ciudad de Milán se mantendrán activos todos los lugares donde se hace la videoconferencia. Las demás ciudades de la diócesis de Milán, de Lombardía y de las demás regiones seguirán el encuentro desde los lugares que se mantengan en conexión.

Suscripciones a *Huellas*. Ha empezado la campaña de suscripción a *Huellas* para el año 2011. Recomiendo la suscripción, ya sea para demostrar vuestro interés y deseo de leerlo o simplemente para sostener la revista. En el número de enero encontraréis la ficha con las diferentes opciones de suscripción.

En los ejercicios del CLU tuve ocasión de hablar con una persona que estaba sorprendida por lo que sucedía entre nosotros, y dijo una cosa que tenía que ver con *Huellas* y que me conmovió: «Haría falta leer *Huellas* de rodillas», porque es como tocar con la mano lo que está obrando el Misterio. Por lo tanto, no es que hagamos propaganda de una revista, sino que hacemos propaganda de lo que el Misterio hace entre nosotros. Por eso nos interesa para nuestra fe, nos interesa tocar con la mano los hechos. Si a alguien le interesa, que se suscriba.

Jornada nacional de recogida de medicamentos. El sábado 12 de febrero tendrá lugar la Jornada nacional de recogida de medicamentos, organizada por el Banco Farmacéutico. Las medicinas recogidas permitirán sostener a 1.200 asociaciones que ayudan a 400.000 personas indigentes. Es un gesto sencillo de caridad en el que es posible participar como voluntario en las farmacias. Podéis pedir más información a la secretaría de vuestras comunidades o directamente al Banco Farmacéutico, al teléfono: 0270104315.

Veni Sancte Spiritus